

## CAPITULO IX

### PLAN DE CAMPAÑA

Sí, no hay inconveniente en confesar que los reyes de la escuela moderna han perdido el pleito; no se puede decir tampoco que en Europa, á lo menos, lo han ganado las repúblicas; mas es el caso que los cetros de nuestros días se caen muy fácilmente de las manos de nuestros reyes, como si esas manos fuesen débiles para empuñarlos. El nuevo sistema de reinar da á los monarcas una flexibilidad tan deplorable, que á fuerza de inclinarse ante los súbditos, bajo cuyo poder reinan, las coronas, al fin se desprenden de sus augustas sienes, y ruedan estrepitosamente por el suelo. Después estas majestades cesantes, ó más propiamente hablando, jubiladas, se refugian en el extranjero, donde viven más ó menos obscuramente, esperando restauraciones que no llegan nunca, y que si llegaran serían el principio de nuevos y más pronto destronamientos.

Se observa, no obstante, un singular fenómeno. Las constituciones aseguran que el rey es inviolable, y se dice que los tronos son *cuatro tablas forradas de terciopelo*; y he aquí que los reyes caen y los tronos persisten. Los reyes á la moderna sucumben, y las cuatro tablas forradas de terciopelo permanecen. Es decir, la tripulación naufraga y el barco flota. Las dinastías se ven destronadas y proscritas, y esas cuatro tablas forradas de terciopelo se resisten al furor de los innovadores.

El último monarca que perdió la corona con la cabeza

fué Luis XVI. Aquella augusta familia, brutalmente infamada, tuvo á lo menos el honor de morir en la guillotina. Sin embargo, la revolución no consiguió *ahogar al último rey con las tripas del último sacerdote*: aún permanecen en pie el altar y el trono.

Aquí abriría yo una digresión, hasta cierto punto entretenida, acerca de la suerte de los reyes que en estos últimos cincuenta años hemos destronado, haciendo una investigación curiosa para inquirir si en efecto han sido reyes verdaderos; pero es el caso que la publicación de la presente historia encargada á un editor á quien profeso particular amistad, y más conocedor que yo del gusto de los lectores, me aconseja que huya de las digresiones, y que no deje, en cuanto me sea posible, descansar el ánimo del lector, llevándolo como en volandas por el camino de los sucesos verídicos que componen este relato. Para él los acontecimientos deben marchar sin interrupción ninguna, eslabonados entre sí como los coches de un tren, siguiendo rigurosamente las paralelas de la vía, si es posible á todo vapor. Conoce la prisa con que vivimos, y no quiere que nos detengamos; se lee al trote, ¿por qué pues, no hemos de escribir al escape?

Él dice: ¿Qué le importa al lector nada de lo que está fuera del hilo de los sucesos que se le relatan?

Renuncio, pues, á la digresión que en estos momentos se me venía á las manos. Es mi editor, y debo complacerle; es mi amigo, y quiero complacerlo.

Además mi objeto era principalmente advertir que los reyes que nacen de las instituciones modernas viven mal y acaban peor. Eso sí, no van al patíbulo como Carlos I en Inglaterra y Luis XVI en Francia. Se conoce que la corona está tan poco adherida á sus cabezas, que las revoluciones, de que son hijos, pueden arrancarlas de sus sienes sin decapitarlos. No son unos reyes destronados, sino unos

meros proscritos. Caen generalmente por el mismo escotillón por donde han subido; emigran, y *laus Deo*.

Mas sobre las ruinas de estas monarquías se levantan nuevos poderes, y cada poder tiene su corte. La palabra rey no ha hecho, en rigor, más que perder su significación singular, porque los reyes se han multiplicado al caer el verdadero rey, y tienen como los reyes sus vasallos, sus súbditos y sus cortesanos. Dondequiera que veáis un palacio, allí hay una corte, allí hay un rey.

Y este furor monárquico se ha extendido por todas las esferas de la sociedad, pasando de los hombres á las cosas. ¿No habéis oído hablar del rey de la elocuencia? ¿No conocéis á la reina de la moda?.. ¿No tenéis noticia del rey de los cosméticos? ¿Ignoráis que existe la reina de las tintas?.. Pues bien, y basta de digresión. Valle-alegre era el rey de la Bolsa, como quien dice, el rey del mundo. Tenía en su mano lo que hemos convenido en llamar la fortuna pública.

No le faltaba nunca una gran masa de papel, que arrojada perpendicularmente á la plaza, deprimiera el valor de eso que se llama efectos públicos, ni una suma de millones con que hacer subir las cotizaciones.

Aunque no fuese más que por algunos días, Valle-alegre era alternativamente dueño de la *alza* y de la *baja*.

Podía producir por un esfuerzo de astucia ó de audacia el conflicto más grave, más angustioso, más terrible, el conflicto financiero.

Valle-alegre era más que un rey, era toda una potencia.

Las antecámaras del gran banquero estaban llenas de su corte. Los coches detenidos delante del pórtico de su palacio anunciaban que era día de concurrencia, un día, digámoslo así, de besamanos.

Estas concurrencias no estaban ordenadamente establecidas en la etiqueta del palacio; la gente no acudía allí con motivo de esta ó aquella solemnidad, de una ú otra

conmemoración. El motivo que solía llevarlos á la casa del banquero era, por lo regular, imprevisto; nacía casi siempre de algún acontecimiento político ó financiero. La súbita caída de un ministerio, alguna sedición militar hasta cierto punto inesperada, el fracaso de un empréstito más ó



Se hallaba solo en su escritorio.

menos ruinoso. Estos sucesos ú otros análogos eran los que reunían en el palacio de Valle-alegre á los más curiosos; porque allí circulaban las noticias de más seguro origen, se comentaban los sucesos con más copia de datos; en una palabra, allí estaba la fuente donde bebían esos que saben las cosas de buena tinta.

Algo de esto debía ocurrir, porque, como ya he dicho, en las antecámaras del palacio hervía una numerosa concurrencia; las conversaciones animadas circulaban como la sangre por las venas, los chistes iban y venían, los comentarios eran á la vez comentados, y la murmuración forma-

ba la atmósfera, el ambiente del cuadro que confusamente bosqueja. En medio de todo, cada uno de los circunstantes iba á su negocio.

Por lo que hace á su majestad bursátil, no se había dignado aparecer todavía en las antecámaras donde bullía su corte.

Uno de los empleados en el escritorio del banquero atravesó las antesalas saludando á uno y otro lado, acercóse al brigadier y le habló al oído. Éste abandonó la conversación en que estaba empeñado y siguió al dependiente, que se volvió por el mismo camino que había traído.

Marchaba el brigadier con cierta majestad volviendo la cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda, para contemplar el paso de su persona en las lunas de los espejos que encontraba en su tránsito. Salió á una galería de cristales, y en ella lo esperaba una puerta por la cual había desaparecido el empleado, dejándola entreabierta. Entró, y poco después se halló en presencia de Valle alegre.

El banquero no parecía ocupado en ninguna operación perentoria. Se hallaba solo en su escritorio, casi tendido en una amplia butaca, exhalando largas bocanadas de humo que extraía de un magnífico habano.

El brigadier no se detuvo en ningún género de cumplimiento; antes bien, imitando á Valle-alegre, se arrojó sobre otra butaca, echando airosamente una pierna sobre otra.

— ¿Hay grande entrada? — preguntó el banquero.

— Grande — le contestó su amigo. — Tiene usted llenas las antesalas.

— Bien — dijo el rey de la Bolsa, buscando en la butaca otra postura más cómoda. — Hablemos de nuestro asunto. ¿Á cómo estamos de conquista?

El brigadier se atusó los bigotes por toda respuesta.

— ¡Malo! — exclamó el banquero. — Ese silencio me in-

dica que la plaza se resiste heroicamente. Ea, lo veo á usted en camino de una derrota.

El conquistador movió la cabeza, dejando ver en sus labios una sonrisa vencedora.

— Amigo César — insistió Valle-alegre. — Esas reticencias no me satisfacen. El marqués, que no cree más que en el vino del Rhin y en las ostras de Ostende, tiene la extravagancia de asegurar que la señora de Góngora es un prodigio de virtud. ¿Será usted capaz de persuadirme de ello?

— Margarita — dijo el brigadier, pronunciando este nombre con cierta familiaridad — no es una mujer inaccesible, pero preciso es confesar que no es una mujer demasiado fácil.

— Viene á ser lo mismo — replicó el banquero. — Vamos, señor brigadier, veo que se bate usted en retirada.

— No tal — contestó. — Mi plan de campaña es seguro, lo tengo perfectamente combinado, porque todo eso es preciso para conquistar el corazón de una mujer como Margarita.

— ¡El corazón! — exclamó el rey de la Bolsa. — ¡Demonio!.. ¿Piensa usted enamorarla?..

— ¿Por qué no?

— Por dos razones concluyentes.

— Primera.

— Porque es imposible.

— Segunda.

— Porque es inútil.

— ¡Imposible! . ¡Inútil!.. — repitió el brigadier arqueando las cejas.

— Es imposible — dijo el banquero, — porque las mujeres no se enamoran.

César se encogió de hombros. No se sentía dispuesto á renunciar al triunfo de enamorar á Margarita.

¡Cómo!.. ¡Las mujeres no se enamoran!.. Entonces, ¿á qué quedaba reducida su larga hoja de servicios?..

Valle-alegre comprendió la duda que mortificaba el amor propio de su amigo, y le dijo:

— No se enamoran las mujeres; la que más, padece ciertas alucinaciones pasajeras; las seduce todo lo que brilla. No se enamoran, porque al fin y al cabo, más tarde ó más temprano, todas olvidan. El amor es la quimera de los poetas, la manía de los novelistas, la preocupación del género humano. Se habla del amor como del crédito; el crédito es lo que no hay, y el amor lo que no existe.

Algo habría encontrado César que oponer á las palabras del banquero, mas temía desconceptuarse á los ojos de éste mostrándose crédulo. Creer en el amor es al fin creer en alguna cosa; la moda dominante es la incredulidad, y por nada en el mundo hubiera renunciado á su título de espíritu fuerte y de hombre de mundo. Así es que guardó silencio.

El banquero remachó el clavo, diciendo:

— En el amor no creen más que los niños y los tontos; los mismos, poco más ó menos, que todavía creen en brujas. Es, pues, imposible enamorarla, en cuyo caso es inútil intentarlo.

— De todos modos — advirtió el brigadier, — me parece que será necesario contar con ella.

— ¡Oh! — exclamó Valle-alegre. — Eso es infantil. Las mujeres son siempre cómplices del que pretende seducirlas. Pero, en fin, veamos ese plan de campaña.

— Mi plan es una emboscada. He tomado posiciones, y tengo ya mis guerrillas dentro de la plaza.

— Ese sistema es lento — observó el banquero.

— Lento — replicó César, — pero seguro.

— Veamos.

— Ante todo — siguió diciendo el conquistador, — debe usted saber que soy otro.

— ¿Otro?..

— Eso es. He cambiado de ideas, de sentimientos y de costumbres. Me he convertido.

— ¿Convertido á qué?

— ¿A qué?.. ¡Bah!.. Como Enrique IV, he dicho: «Margarita bien vale una misa.» Yo era una oveja descarriada y he vuelto al redil... Yo era un calavera escandaloso, aventurero, descreído... Pues bien; he abjurado de todos mis errores, y aquí me tiene usted sobrio, modesto, timorato, honesto y hasta piadoso. Á estas horas soy á los ojos de Margarita un prodigio de arrepentimiento y un modelo de virtud. La bella señora de Góngora debe estar segura de que esta vez no ha predicado en desierto. Me he dejado conquistar para conquistarla.

— Sí — replicó el banquero. — Es un sistema que puede ofrecer varios inconvenientes. Se trata de una mujer que es algo novelesca, y nada tendría de particular que se cansara de un procedimiento tan lento, tan minucioso, y que, en último resultado, no deja de ser ramplón. Sospecho que en la novela que ha empezado ya probablemente á trazarse en su imaginación, no ha hecho ella un prólogo tan largo... Qué quiere usted, yo estoy por el rapto.

— ¡El rapto! — exclamó el brigadier.

— El rapto — volvió á repetir Valle-alegre.

— No deja de tener inconvenientes — observó César.

— Ninguno — contestó el rey de la Bolsa. — A no ser que tema usted las reclamaciones del marido. Por lo demás, todas las ventajas están de parte del rapto. Es más leal robar á una mujer que engañar á un marido. Luego, ese rapto hace la celebridad de un hombre. La grandeza de Roma empieza en el robo de las Sabinas, y la celebridad de Troya se debe al rapto de Elena. Lo demás es vulgar, mezquino, *cursi*.

— Comprendo perfectamente — dijo el brigadier — la gloria de ese escándalo. No temo las reclamaciones del ma-

rído; sería cuestión de un duelo, y esa contingencia no me aterra, porque mi adversario no es muy afortunado en esos lances. La roba, pues, y huímos al extranjero. Perfectamente: ¿y después?

— Después, ¡qué!..

— Después, ¿cómo me desembarazo yo de esa bella mujer, que se obstinará en pasar conmigo el resto de sus días?

Aquí el banquero soltó una carcajada.

— Ya sé — añadió César — que puedo abandonarla en París, en Londres, en Berlín ó en Viena; pero ¿conseguiré librarme de sus persecuciones?

Valle alegre soltó otra carcajada más estrepitosa que la primera, y luego dijo:

— Hablemos con franqueza. ¿Cree usted que la mujer que huye de la casa de su marido no está dispuesta á huir más fácilmente de la casa de su amante? Hoy se la roba usted á Góngora, y mañana se la roba á usted otro. ¿No es esta la historia de todas las mujeres robadas? Vamos, es usted un niño.

La perversidad es así: se vale para sus fines lo mismo de la verdad que de la mentira. La observación hecha por el banquero contenía una terrible exactitud, y cualquiera entendimiento recto se hubiera valido de ella para disuadir al brigadier de la culpable empresa que proyectaba. Valle-alegre se servía de ella precisamente para inducirlo más á llevarla á cabo. Pero el conquistador no parecía muy dispuesto á llevar las cosas á semejante extremo. La belleza de Margarita había excitado en él la vanidad de hombre corrido. Más que seducirla, en el sentido más grosero de esa palabra, quería subyugarla. En la poesía de su libertinaje entraban por mucho las apariencias, y por de pronto se contentaba con que los indicios hicieran sospechar que había obtenido la preferencia. Le bastaba á su vanidad que la murmuración extendiera la especie de que

la señora de Góngora no era insensible á sus seducciones.

En el fondo no era este medio menos perverso que el rapto. Lo primero era la violencia, lo segundo la calumnia.

Para Valle-alegre lo más ejecutivo era robarla; para el brigadier lo más seguro era echar su nombre en el platillo de las murmuraciones.

— De todos modos — dijo este último, — no veo la urgencia del rapto. Es un recurso extremo al cual puede apelarse en el último caso.

— ¡Oh! — exclamó el banquero. — El tiempo es oro, y perder el tiempo es perderlo todo.

— No pierdo el tiempo — añadió César.

— ¿No?

— No.

— Movi6 Valle-alegre la cabeza con aire de duda, diciendo:

— Dejémonos de vanas ilusiones. La señora de Góngora acabará por cansarse de tan tímidas pretensiones, y se reirá interiormente del hombre que no ha sabido comprenderla.

— ¿Sí? — preguntó César.

— Sí — contestó el banquero.

— Vamos — dijo el brigadier; — es usted un niño.

— ¿Pues?

— Ni más, ni menos.

— ¿Eso quiere decir que es negocio concluído?

— Casi — contestó César.

— ¡Casil!.. ¡Casil!.. — repitió Valle-alegre. — Eso es poco.

El conquistador acercó su butaca á la del banquero, miró á éste con aire de indudable superioridad, y, bajando la voz, le dijo lo que el lector curioso verá en el capítulo siguiente.